

LA ILUSTRACION IBERICA



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTISTICO



SENTA

SUMARIO

TEXTO. — *La Semana*, por E. Blasco. — *Los transeuntes* (conclusion), por L. Alas (Clarín). — *Las emigraciones* (continuacion), por E. Bustillo. — *Nuestros grabados*. — *Sobre las teorías modernas de la luz* (continuacion), por J. Echegaray. — *Los estornudos del diablo* (continuacion), por J. Tomás y Salvany.

GRABADOS. — *Senta* (escena de la ópera: *Los emigrantes holandeses*, de Ricardo Wagner). — *La caridad*. — *Jésica y Shylock* (*El mercader de Venecia*, de Shakespeare). — *La muñeca preferida*. — *La joven artista*. — *Demanda de casamiento*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

PARACE ya un hecho que se realizará el viaje de S. M. el Rey á Alemania; lo es tambien que Francia ha cesado de mostrarse hostil á dicho viaje, y que se manifiesta resuelta á impedir la entrada en su territorio á don Manuel Ruíz Zorrilla, á la sazón en Italia, atendiendo así á las reclamaciones de nuestro embajador; todo serian, pues, satisfacciones para el ministerio... si el ministerio existiera, si no fuese, en rigor, un gabinete cadáver, galvanizado por la fuerza de las circunstancias, pero que no tardará en caer definitivamente para no levantarse más.

Todos Vdes. saben ya á estas horas que el gobierno presentó la dimision, que está en crisis y que la solucion ha quedado aplazada, ignorándose aún si el eclipse de ministros será total, parcial... ó *anular*. Excuso decir que en este último caso sólo *el centro* desaparecería.

Tambien ha desaparecido la suspension de garantías, como consecuencia de otra desaparicion: la de los temores de que se trastornase de nuevo el orden. Y ya que hablo de esto, para dar á Vdes. una prueba más de cómo escriben sobre España sus vecinos de allende el Pirineo, no puedo resistir á la tentacion de traducir literalmente un parrafito de un periódico tan grave, sesudo y formal como *L' Illustration*. Dice así:

«LA INSURRECCION EN ESPAÑA.—El *prefecto* de Badajoz y el *general* que mandaba la plaza son destituidos.—*Manifestaciones sediciosas en Barcelona*. Pronunciamiento de otros muchos regimientos en el Norte de la Península (!).»

Así se escribe la historia.

Es decir: así escriben nuestra historia los franceses. *L' Illustration* escribe, además, en otro lugar del mismo número, si no me equivoco, que Lagartijo salvó de una muerte cierta á Frascuelo, en una cogida que tuvo éste, distraiendo y fascinando al toro... ¡con la punta de la espada! Después de esto me explico que se haya concluido la guerra del Tonkin sin que la China haya intervenido; su pasividad es una muestra de agradecimiento hacia ciertos escritores franceses que no escriben más que... para los chinos. Verdad es que hay tambien, aunque muy pocos, algunos españoles que hacen lo mismo, lo cual demuestra que todo se pega menos lo bonito.

Otra prueba. En Portugal se dan casos, no de cólera, sino de indisciplina en el ejército; en Elvas un soldado y un sargento dieron lugar á una escena poco edificante y que se ha encargado de terminar un consejo de guerra; en Oporto todo un regimiento se alborotó por cuestion de rancho. Todo, según parece, es cosa de poca importancia, pero por ahí se empieza.

Tambien se empieza á hacer perder prestigio y fuerza moral á los gobiernos escribiendo como lo hace un colega portugues, del ministro de Marina de aquella nacion, que: «No basta haber estudiado en estanques del extranjero los variados sistemas de navegacion infantil para resolver los difíciles problemas de la marina de guerra.» Lo dicho: menos lo bonito, todo se pega.

Y aunque digan ustedes que soy pesado voy á presentar otro hecho más en demostracion de la exactitud del anterior axioma.

Los austriacos andan tambien alborotados, y según las últimas noticias, cunde la insurreccion en la Croacia. Los croatas, ó los *corbatas*, como decia anoche una patrona de huéspedes leyendo los telégramas de un periódico, no han querido ser menos que nosotros. Ignoro cuáles son sus aspiraciones, pero estoy seguro de que no tienen el mal gusto de gritar: ¡*Viva Ruíz Zorrilla!* Lo cual no significa que yo desee que se muera.

Una buena frase de un muerto ilustre, exhumada por un periódico madrileño:

Decia Luis Felipe: «La tarea de un rey constitucional es muy fácil: Todas las mañanas recibo al primer ministro; si no hay novedad, me voy á paseo; si la hay, le mando á paseo á él.»

No es malo el sistema.

Y acaso haya que ponerlo en práctica en cierto país donde hay ministro que no quiere irse á paseo... ni aún en cumplimiento de prescripciones facultativas.

EDUARDO BLASCO.

LOS TRANSEUNTES

AVECILLA

(CONCLUSION)

Don Casto se acostó sin quitarse la corbata. Apagó la luz. — Duerme, — dijo á su señora. — ¿Y tú? — ¡Yo! ¿Quién duerme con este lazo al cuello?... ¡Soñaría que me daban garrote! — ¿Pues por qué no quieres despertar á Pepita? — ¡Que duerma, que duerma la inocencia... su padre vela!

Reinó el silencio en la oscuridad. Don Casto, sentado en la cama, apoyada la espalda en los almohadones, daba suspiros al viento con la fuerza de muchos fuelles. Doña Petra no suspiraba, pero tampoco dormía. Un reloj dió las dos.

— ¡Si hubiéramos ido á la Zarzuela! — se atrevió á decir doña Petra, como continuando una conversacion entablada de espíritu á espíritu, sin necesidad de palabras, entre los cónyuges.

— ¡Sí, debíamos haber ido á la Zarzuela!

— Pero como tú dices que es un espectáculo *híbrido*.

— Esto es cierto, *híbrido*.

Nueva pausa. Nuevo atrevimiento de doña Petra.

— ¿Y qué significa eso de *híbrido*?

— Petra, — respondió el viejo, ocultando mal su enfado, — diversas y varias veces te tengo reprendido, en el tono de la más cordial amistad, ese espíritu concupiscente de preguntarlo todo. Y sobre que más pregunta un necio que responde un sabio, debo advertirte que yo no recuerdo en este momento lo que esa palabreja significa, pero ten por seguro que la zarzuela es un espectáculo *híbrido*, pues yo lo he leído en críticos famosos y á ellos me atengo. Y duermo y calla, que harto tengo yo con esta maldita corbata para martirio de esta noche, y si no fuera un absurdo en el terreno de la economia, ya habría cogido unas tijeras...

— ¡Jesus, hombre! ¡Una corbata que costó tantos reales!

— ¡Pues por eso digo que sería un absurdo!

Durmió doña Petra y al cabo don Casto tambien, y soñó que le llevaban al patíbulo, como habia previsto, y que por el camino del patíbulo habia tendidas mujeres gordas, entre cuyas piernas mal cubiertas tenia que pasar don Casto, pisando carne por todos lados... Doña Petra no soñó nada. A la mañana siguiente, la rueda administrativa se despertó en don Casto con grandes ansias de funcionar. Pepita, contra su costumbre, no se habia levantado todavia. AVECILLA se alegró en el fondo del alma. Salió muy temprano, sin hacer ruido, y como las oficinas no estarían aún abiertas, se fué al Retiro. — ¡Oh! ¡La naturaleza. — pensaba don Casto, — único espectáculo gratuito y moralizador! Cuando quiera que Pepita se distraiga y dé libre vuelo á su imaginacion, la traeré al Retiro por la mañana, en vez de llevarla al teatro por la noche... Aquí las flores deleitan el sentido del olfato, las aves el del oído, la naturaleza entera el de la vista, las brisas el del tacto, que según aseguran

los sabios, está esparcido por todo el cuerpo, y por último, podemos correrlos con un cuartillo de leche de vaca, recreo sabrosísimo del gusto, leche con bizcochos....—Y siguió perdiéndose en igual idilio y entre las enramadas del Retiro.

Cuando entró en la oficina, ya estaban trabajando, es decir, leyendo periódicos, algunos compañeros.

—¡Hola, hola, Casto!—se permitió decirle un vejete, el único que le tuteaba. — ¡Parece que se trasnocha!... *Sero venis*. ¡Y qué cara, qué palidez, qué ojos hinchados! ¡Ah, Casto, Casto! ¡Me parece que andas en malos pasos!...

—Señores, ¿quién ha contado aquí?...

—¡Todo se sabe!—dijo el viejo con malicia, para descubrir algo.

—¡Me han visto en la barraca de la mujer gorda!—pensó Avecilla horrorizado.—¡Pues bien, señores, juro con la mano puesta sobre el corazón, por mi honor y por los Santos Evangelios, que mi curiosidad era puramente artístico-científica! Es cierto que la pantorrilla de aquella robusta señora...

—¡Bravo, bravo, confiesa!—gritaron todos á coro.

No se le dejó proseguir; ya no pudo en su vida explicar aquellas palabras, y quedó como artículo de fe en la oficina que don Casto Avecilla era como los demás, que tenía una querida y era robusta.

—En fin, caballeros,—dijo don Casto, renunciando á explicarse porque no le dejaban,—todo lo que ustedes quieren será, pero yo les ruego por caridad que alguno que entienda estas trampas de las corbatas con resorte, me libre de este dogal que me sofoca.

—¡Uf!—respiró don Casto, moviendo la cabeza, sacudido ya el ominoso yugo.

Respiró con libertad, ¡pero ay! su reputación de casto esposo, de modelo de padres de familia, había desaparecido para siempre.

¿Y su hija? Su hija... ¿había perdido la inocencia aquella noche?

Yo le diré al lector, en secreto, que no hubo tal cosa.

Pero cuando, años después, la pobre Pepita, como tantas otras, sucumbió á los pérfidos halagos del amor de infantería y fué víctima de los engaños de un subteniente, huésped de la casa, don Casto, llorando su deshonra, se atribuyó toda la culpa de tan grande infortunio...

—¡Sí, sí!—exclamaba medio loco, mesándose las venerables canas.—¡Yo la prostituí aquella maldita noche, por no llevarla á un teatro clásico, por querer ahorrar ocho reales! ¡Lo barato es caro, lo barato es caro!... ¡Yo bien decía!

Y doña Petra, por todo consuelo, repetía cien y cien veces:

—¡Si hubiéramos ido á la Zarzuela!

CLARIN.

LAS EMIGRACIONES

VII

Y alza el niño placentero
la hermosa frente, soñando
que cruza el aire ligero
tras el dulce compañero
que le acarició volando.

Mas cuando el pájaro empieza
á ensanchar más la distancia,
dobla el niño la cabeza
yo no sé con qué tristeza
que siente á veces la infancia.

Y vuelve otra vez el ave
con la alegre algarabía
y el revoloteo suave
con que divierte la grave
infantil melancolía.

¿Cómo el anhelo explicar
del niño que da en soñar
que, tras el ave al correr,
fuera dichoso, á tener
sus alas para volar?

¿Encuentra su alma sombrías
de su materno palacio
las lujosas galerías,
sin las dulces armonías
de las aves y el espacio?...

¿Es el ignorado anhelo
de un ángel falto de vuelo,
que su corazón levanta
con la nostálgica y santa
pasión del amor del cielo?...

VIII

Iba Setiembre acabando,
la hoja del árbol cayendo,
y el pobre niño, jugando,
el color iba perdiendo
y poco á poco enfermando.

Y su madre se movía,
pronta á levantar sus reales,
que en la gran ciudad quería
buscar placer y alegría
en las noches otoñales.

Nueva emigración de aquella
singular ave de paso,
que sigue á su falsa estrella
y, al pasar, no deja huella
ni en oriente ni en ocaso.

Y la noble golondrina
triste en su nido se posa,
y en su inquietud se adivina
que el momento se avecina
de su emigración forzada.

Su gloria en su nido está,
y aunque allí su amor bendice,
Dios le dice: «¡Vete ya!»
y la avecilla se va,
porque es Dios quien se lo dice.

Y si alguna queda herida
y muere, también Dios quiere
que allí, donde el ave anida,
glorifique amor su vida
en el pájaro que muere.

IX

En la soberbia casa
en donde el sol ha visto
á la hermosa y alegre golondrina
de sus amores fabricar el nido:
En su cuna dorada
se muere un pobre niño
y en su cuna de barro, entre las plumas
del pecho maternal, un pajarillo.

Alegres camaradas
en el verano han sido,
y en los primeros días del otoño
van á morir bajo el techado mismo.

Y la señora y madre
sufre dolor tan vivo,
que, por primera vez, deja el encanto
del culto de sí misma en el olvido.

Le vé morir, y aprende
lo que es amar á un hijo,
y vé todos los goces inefables
que, por sus vanas glorias, ha perdido.

Está transfigurada,
hay algo de divino
en aquella hermosura que ilumina
el resplandor sagrado del martirio.

Y el ángel la sonríe
y su postrer suspiro
es la esencia rimada del poema
de infantiles tristezas que ha sufrido.

Y se oye en los cristales
de la alcoba del niño
como el roce del ala de algún pájaro
que ha soñado el amor de lo infinito.

(Se continuará).

EDUARDO BUSTILLO.



LA CARIDAD



JÉSICA Y SHYLOCK

NUESTROS GRABADOS

SENTA.

(ESCENA DE LA ÓPERA: «LOS EMIGRANTES HOLANDESES,» DE RICARDO WAGNER.)

Por esta vez Wagner dejó en paz á las damas y caballeros de la Edad media y se limitó á pintar un apacible cuadro de costumbres holandesas: *Die fliegende hollander*, abundante en situaciones donde campean la *melodía infinita* y demas atributos de la música wagneriana.

Por desgracia, no está al nivel de todas las inteligencias poder hacer un viaje á Bayreuth, y así, interin nos llega la música deberemos contentarnos con mirar el grabado.

LA CARIDAD.

Esta gran virtud, que hizo apóstol á San Pablo, es una de las más raras que subsisten, pues ha sufrido mucho en estos últimos tiempos y para no zozobrar del todo ha debido convertirse en lírico-bailable. Trabajo les damos, por lo tanto, á los escultores del porvenir para simbolizar la caridad moderna, que tiene sus *oficinas* propias, ejercita su acción en las plazas de toros, loterías, bailes de beneficencia y otras diversiones, y cuenta como apóstoles al *Figaro* de París y á los *Figarillos* que le remedan é imitan en las cuatro partes del mundo.

Y aún no es poca suerte, sin embargo, que despues de todo no suceda la segunda parte de los *Inundados del Boristhènes* de *Jerónimo Paturot*... y de otros inundados.

JÉSICA Y SHYLOCK. («EL MERCADER DE VENECIA,» DE SHAKESPEARE.)

Representa nuestra lámina la escena en que, convenido ya entre Jéfica y Lorenzo el rapto de la primera, llama Shylock á su hija para participarle que está invitado á cenar en casa de un pródigo cristiano, á cuyo punto le interrumpe su criado Lanzarote, diciendo que aquella noche es fácil salga una mascarada. Estremécese el judío y estrechando contra su pecho á Jéfica, exclama:

—«¡Cómo! ¡Hay máscaras? Escuchadme bien, Jéfica: echad el cerrojo á mis puertas y cuando oigáis el tambor ó los ridículos berridos del pifano de torcido cuello, no os encaraméis á las ventanas ni saquéis la cabeza á la vía pública para mirar á esos payasos de cristianos que van con máscaras barnizadas, sino que al contrario, tapad los oídos de mi casa, quiero decir mis ventanas; no dejéis entrar en mi grave casa el fútil ruido de la disipación. ¡Por la vara de Jacob, juro que no tengo hoy muchas ganas de fiesta, mas sin embargo, iré!»

Lanzarote, á quien Shylock acaba de despedir por comilon, dormilon y haragan, se acerca entonces á Jéfica y le dice por lo bajo:

—«Mi ama, mirad por la ventana, á pesar de sus recomendaciones. »Veréis pasar un cristiano

Bien digno de que le mire una judía.

SHYLOCK. —«¡Qué dice ese imbécil hijo de Agar, eh?

JÉSICA. —«Pues me decía: —¡Adios, ama!— Nada más.»

El judío, que está receloso porque aquella noche ha soñado con sacos de plata, insiste en sus recomendaciones.

SHYLOCK. —«Jéfica, volvéos dentro, quizás estaré enseguida de retorno; haced como os digo, cerrad las puertas. El proverbio de que: *Quien guarda bien, encuentra enseguida*, tiene siempre aplicacion para todo espíritu económico. (Sale.)

JÉSICA. —«¡Adios... y si la fortuna no me es contraria, habremos perdido yo un padre y vos una hija!»

No tardan en comparecer en la calle los compañeros que han de ayudar á Lorenzo en el rapto. Sale Jéfica á la ventana, vestida de mancebo. La taimada no había descuidado el apoderarse de las mejores joyas, amen de no pocos ducados que entrega á Lorenzo desde la reja, y en tanto baja á reunirse con su amante, exclama éste:

—«¡Muerte de mi vida! ¡La amo con todo mi corazón! Porque es discreta, si mi juicio es bueno; es bella, si mis ojos no son engañadores; es sincera, como lo ha probado ahora mismo, y así, bella, discreta y sincera como es, ocupará mi alma constantemente.»

Jéfica es una de las más bellas creaciones de Shakespeare. ¡Cómo aquel emblema de la gracia y la generosidad, de gentileza y de abnegacion, *bella, discreta y sincera*, según decía el veneciano Lorenzo, podía derivar del implacable y avariento usurero Shylock?

Hasta en esto tienen suerte los Shylocks del pasado y del presente: en que á veces se parecen á Jéfica sus hijas, lo cual no es poco honor, por más que Shylock no llegue á comprenderlo.

LA MUÑECA PREFERIDA.

Esto equivale á decir que está bautizada, (sabemos su nombre, se llama Catalina, ó *Lina*, para abreviar), que tiene entero el bautismo, (hecho verdaderamente providencial), que es muy dócil, prestandose á todos los caprichos de su... mama, y finalmente, que para que no se aburra solita la comprarán algunas amiguitas, igualmente de cera, carton ó porcelana, con la cabeza vacía enteramente, para que la hagan compañía.

Sin embargo, la suerte que le espera á esa desdichada no es para que la envidie nadie. ¡Así pasa también con otras muñecas de carne y hueso!

LA JÓVEN ARTISTA.

Indudablemente nadie tendrá por qué censurar á ninguna gentil doncella que cual la protagonista de nuestro grabado dedique sus momentos de ocio

al cultivo de las bellas artes. Todo lo que nos hace sonreír esa manía pianfística, convertida hoy en epidemia, nos cautiva el espectáculo de una señorita hábil en la pintura de paisajes ó retratos, acuarelista, escultora, ó distinguida profesora de algun instrumento. En España, además de contar con algunas doctoras, licenciadas y bachilleras, estamos llenos de poetisas, escritoras y aficionadas al piano, y sería bueno que eso desapareciera, ó disminuyera cuando ménos, para dar lugar á que pudiésemos admirar artistas como Rosa Bonheur, Mlle. Jalabert, Luisa Abbema, Mlle. Martin y otras que se distinguen por sus cuadros y estatuas. En cuanto á Inglaterra y Alemania es general allí el cultivo de la pintura, que además de ser un adorno es empeño digno y á veces provechoso.

DEMANDA DE CASAMIENTO.

Día feliz para una niña aquel en que, ó verbalmente ó por escrito, pide su blanca mano el adorado novio. La cosa, empero, reviste cierto aire trágico cuando los padres se niegan á otorgar su consentimiento, pero creemos poder estar tranquilos sobre este particular por lo que toca al caso que tan hermosamente expresa nuestro grabado. Parece la mamá una distinguida y amable señora y su niña revela todas las cualidades que pueden desearse en una futura esposa. ¡Con qué rubor espera la jóven la maternal decision! ¡Oh, delicioso tiempo de amor y esperanza! ¡Oh incomparable dicha la de quererse y anhelar lo desconocido!

SOBRE LAS TEORÍAS MODERNAS DE LA LUZ

VIBRACIONES DEL ÉTER

V. En resumen:

1.º El éter es eminentemente sutil.

2.º Es infinito en extension; llena el espacio.

3.º Es el vehículo que trasmite el movimiento vibratorio en el espacio celeste, y aún, como veremos más adelante, en cada uno y dentro de cada uno de los cuerpos que flotan en él.

Estos tres principios explican *por completo* todos los fenómenos luminosos conocidos, y una gran parte de los fenómenos caloríficos, eléctricos, y magnéticos.

En el artículo sobre el *calor* hablamos, pero muy de pasada, del *éter*. El *calor*, dijimos, y bueno será recordarlo, no es otra cosa que la vibracion de las moléculas de los cuerpos: en pocas palabras, es un *movimiento vibratorio molecular*. Pero como no estudiamos las leyes de la radiacion inter-estelar, no tuvimos ocasion de ocuparnos, sino por incidencia, de este sutilísimo, mas indispensable elemento. Indispensable decimos, porque sin el *éter* no es posible explicar la trasmision del calor entre los astros.

Para que las olas del mar se propaguen, se necesita *agua*: donde el *agua* acaba, acaban las olas.

Para que el sonido se extienda, se necesita *aire*: las vibraciones de los cuerpos sonoros bajo la campana de la máquina neumática no llegan á nuestro tímpano, si bajo esta campana se ha hecho el vacío. Pues del mismo modo las *vibraciones del sol*, sean estas vibraciones *luz* ó *calor*, no llegarían á nosotros si entre el astro del día y nuestro globo se extendiese el espacio absolutamente vacío. El calor, la luz, el *movimiento*, en una palabra, *necesita un vehículo que lo transporte*: por el vacío no marcha: esto repugnaria á la razon; y puede sentarse como primer axioma de física, que la trasmision del movimiento supone *materia* que lo *trasmita*.

Hé aquí, pues, que la existencia del *éter*, que al principio fué puramente hipotética, toca ya los límites de la realidad. El *éter* es ya algo mas que una hipótesis bella, fecunda, ingeniosa; es una necesidad para la razon, como es una necesidad para la ciencia.

Y en efecto, cuanto más se piensa en ello, más clara y mas evidente aparece esta conclusion.

¡El sol arrojado en el espacio, y alrededor la tierra, y los varios cuerpos de nuestro sistema solar: y más lejos nuevos soles y nuevos sistemas: y entre unos y otros cuerpos del vacío, la *nada*, la pureza abstracta del espacio: cuerpos aislados, desunidos, sin relacion, sin unidad, sin *algo* como ellos que vaya de unos á otros, y los enlace!

Esto repugna á la razon. Y repugna tanto más, cuanto que entre los cuerpos celestes hay cambios y relaciones reales y efectivas.

¡Cuál es la *fuerza* que arrastra á la locomotora sobre la vía férrea!

¡De dónde vino ese *movimiento*?

¡Y qué era ese *movimiento* en un principio?

Esa *fuerza* vino del sol.

Ese *movimiento* era en gran parte *movimiento vibratorio* de la masa solar, que en forma de *luz* y de *calor* bajó á nuestro globo, y operó una reaccion química en los vegetales; y en forma de *combustible* permaneció oculto en las entrañas de la tierra; y hoy aparece en el hogar de la locomotora tal y como era al *principio*: es decir, como *fuego*.

Es, pues, un hecho efectivo, real, que vemos con los ojos, y tocamos con las manos, y medimos con el dinamómetro, ese transporte de *fuerza viva* del sol á nuestro globo; y bien, ¿cómo ha venido?—porque, que *ha venido* es una verdad demostrada terminantemente por la ciencia.

Toda fuerza viva que se transporta, supone un vehículo material: luego debe existir en este caso una materia inter-estelar que opere y facilite, ó mejor dicho, que haga posibles esas ocultas y maravillosas transformaciones.

(Se continuará.)

JOSÉ ECHEGARAY.

LOS ESTORNUDOS DEL DIABLO

CUENTO FANTASTICO

No teniendo, pues, fondos ni banquero en parte alguna, difícil le era escribir á quien le enviase en el acto diez millones de reales. Ciertamente que su fama de Creso daba á la firma de Jacinto un crédito incontestable; pero ¿cómo pedir prestado un hombre que con nadie había tenido tratos mercantiles ni financieros? Aun siendo tan rico, careciendo de fincas como carecía, si se exceptúa en Madrid su *hotel* de la Castellana, ¿quién se hubiera atrevido á prestarle incontinenti una cantidad tan respetable? Los ladrones, además, por escasos de entendimiento que anduviesen,—y lo contrario demostraban con su conducta,—no habían de creer que nuestro héroe, ni hombre alguno que gozara de cabal razón, acudiese de noche, á una cita sospechosa, llevando quinientos mil duros en el bolsillo. Con permiso del diablo, pues, no era prudente el entregar, de buenas á primeras, á cada bandido su millon. En vista de estas atinadas reflexiones y á falta de recursos más expeditos, Santiamen decidió ajustar á solas sus cuentas con los ladrones y doblar la suma convenida, exigiendo en cambio que respetaran un secreto que ni el ménos lerdo podía sospechar.

—El diablo,—pensó,—me llamará cobarde. Bien, ¿y qué? La cobardía no es ningún pecado, y no puede, por lo mismo, darle en las narices.

Apénas se vió solo y convencido de que la cueva, abierta en dura roca, no tenía más entrada ni salida que la que los bandidos acababan de asegurar, Jacinto echó mano al bolsillo y comenzó á colocar sobre una piedra puñados de billetes.

—¿Tienes miedo?—preguntó repentinamente y con sorna aquella voz endemoniada.

Jacinto, vuelto á la realidad de su situación, se estremeció de piés á cabeza.

—¡No lo dije,—prosiguió la voz,—ya estás temblando!

—Tengo miedo, es verdad, pero de ti.

—¿Y de esos bandidos?

—No.

—Entonces, ¿por qué quisiste quedarte solo para contar su dinero á cada uno?

—Por no comprometerte,—respondió éste con audacia.

—¿Temes que también ellos descubran mis tesoros? ¿O que la justicia me prenda, por el delito de ser más rico que ella? ¡Ja, ja, ja!

Y los ecos de una estridente carcajada hicieron retemblar la cueva.

—¿Qué les dirás,—prosiguió la voz,—qué les dirás á esos hombres cuando vuelvan por su dinero?

—Nada he de decirles; bastará con dárselo.

—¿Y crees tú que se contentarán con él?

—Así lo hemos convenido.

—Pero... como permaneces incomunicado en esta madriguera, no dejarán de extrañar que en breves horas hayas reunido tan gruesa suma. ¿Qué responderás cuando te pidan explicaciones?

—No lo sé. Dios me inspirará.

—¡Dios! Por instantes te alejas de su amparo.

—Entonces... ¡tú me ayudarás!—exclamó Jacinto, fuera de sí.

—¡Yo, el diablo! Eres un blasfemo y mereceras el último estornudo.

—¡Oh!... ¡Por compasión! ¡Por compasión!...

—Tranquilízate; no quiero perderte. Ya sabes que te amo.

Estas palabras despertaron en Jacinto aquella pasión volcánica, adormecida por los acontecimientos.

—¿Me amas?—preguntó con afán.

—Sí, te amo; por eso quiero tu alma, y la tendré.

—¿Eres siempre aquella mujer... la hermosa mujer que vi en Madrid?

—Siempre la misma criatura.

—Muéstrate; mis ojos anhelan verte.

—Más tarde me verás.

—¿Y por qué no ahora?

—He cambiado de traje; no estoy presentable; me aborrecerías si me vieras.

—¿Cómo así?

—Soy un Proteo.

—¿Qué es Proteo?

—¿Sabes mitología?

—Ni jota.

—Pues estudia; hazte digno de mí, que rico eres y tiempo tienes para ello.

—Concluyamos. ¿Quieres mostrarte á mis ojos?

—Me ocurre lo que á los cursis, tus hermanos: quiero y no puedo.

—Siendo así, déjame ó ayúdame á contar este dinero; la noche avanza.

—Igual puedo ayudarte ausente que presente. Adios; hasta el tercero y último estornudo.

Calló la voz, y Jacinto, como si en efecto se hallara poseído del demonio, continuó sacando de su bolsillo puñados de billetes y ordenándolos sobre la ruda piedra.

Quando al amanecer regresaron los bandidos, encontraron á Santiamen, casi sin fuerzas, en el suelo, y junto á él, encima de la roca que le sirviera de mesa, diez montones de billetes del Banco de España, sobre los cuales se arrojaron como gatos sobre los desperdicios de un salmon.

Cada cual se puso á contar los suyos.

—¡Dos millones! ¡Justos y cabales!—iban exclamando á medida que los contaban.

Terminada la operación y habiendo guardado cada ladrón su parte, acordáronse entonces de Santiamen para verle tendido en el suelo.

—Ese hombre se ha puesto malo; será preciso socorrerle,—dijo el capitán.

—¿Para qué? Ya nos ha enriquecido,—objetó uno de los ladrones.



LA MUÑECA PREFERIDA

—¡Pues por eso!—replicó con vehemencia el capitán, dirigiendo al malvado una mirada severa.

—Tiene razon; nunca como ahora necesitamos de ese hombre,—repuso otro bandido, con acento de conviccion.

—¿Con qué objeto?—preguntó un tercer compañero.

—¿No encontráis maravilloso el modo de satisfacernos su rescate?

—Cierto, no habiamos caido en ello.

—Ese hombre no ha tenido comunicacion con nadie más que con nosotros; no ha salido de aqui; nadie tampoco pudo entrar en la cueva; luego, ese hombre llevaba encima este dinero; ese hombre es una mina y conviene explotarla.

—¡Si! ¡Si!...—gritaron varias voces.

—Es mucho más rico de lo que nos figurá-bamos.

—O fabrica dinero por arte de magia.

—Eso no puede ser.

—Pues que él mismo nos diga la verdad.

—¡Si, que se explique! ¡Que se explique!—prorumpieron á una los ladrones, en espantosa vocería.

—¡Orden! ¡Yo le interrogaré!—gritó el capitán con voz de trueno.

Jacinto, habiendo cedido más bien al cansancio y á las emociones que á una indisposicion real, yacia amodorrado. Al oír el tumulto, se puso en pié de un salto.

Los bandidos, empero, se habian apaciguado ante la imperiosa actitud del capitán.

—Señor don Jacinto,—profirió éste, en el tono respetuoso que hasta entónces usara con Santiamen.—Nos ha llamado á todos la atencion que, sin salir de aqui y en pocas horas, haya reunido V. tanto dinero. ¿Querrá usted satisfacer nuestra curiosidad?

En circunstancias extraordinarias y peligrosas, los hombres, no pudiendo permanecer en su estado normal, se

achican ó se crecen. Colocado entre la espada y la pared, ó sea entre el diablo y los ladrones, Jacinto se creció.

—Señor capitán,—respondió en el mismo tono, usted, esos caballeros y yo, hemos convenido primero en que

mediante la suma efectiva de diez millones de reales, me dejarían Vdes. en libertad.

—Es cierto,—respondió el capitán.

—Luégo he deseado estar solo durante algunas horas y que fueran respetados los secretos de mi vida privada.

—Ciertísimo.

—Ustedes, en un principio, no han accedido á esta excentricidad mia; la he comprado en otros diez millones, y al fin hemos vuelto á convenir en que yo permaneciera solo durante algunas horas, al cabo de las cuales me pondrían en libertad, mediante la entrega total de veinte millones efectivos, sin otros gravámenes ni molestias.

—Tampoco eso es ménos cierto.

—Pues bien, yo he cumplido fielmente mi palabra; reclamo ahora, con el derecho que me asiste, el cumplimiento de la de Vdes....

Hubo entre los bandidos un murmullo de descontento.

—O dudaré,—concluyó Jacinto,—de la tan decantada honradez de V. y de la de esos caballeros.

Los bandidos quisieron arrojarse sobre Santiamen, mas un gesto imperioso del capitán los clavó en su sitio.

—Señor don Jacinto,—dijo éste,—reconozco la razon que asiste á V., y por mi parte, me contentaria con ella; pero estos caballeros, acabo de notarlos, no se contentan.

—Que explique cómo en tan poco tiempo reunió tanto dinero,—gritaron los ladrones.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS Y SALVANY.



LA JÓVEN ARTISTA

o
o
e
a
e
n
e
o
n
e
r
s
r
h
n
a
n.
to



DEMANDA DE CASAMIENTO

THE STATIONER